

Galería de personajes. Los tres chiflados

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Hacía un calor de 40 grados en Plaza Nueva. Juan se tiró al suelo, a la sombra de un tilo, al pasar yo. Creo que me estaba mirando. Consentí. Me acerqué. Tenía, como siempre, la mirada perdida. Le dejé mi botella de agua. «¿Qué te pasa, Juan?». «Que me estoy mareando.». Juan solo se había bebido dos latas de cerveza, y ya había entrado en desvalimiento y viaje sideral. No podía probarlo. Estaba alcoholizado. Tú sabes, -le dije- que no estás para beber. No debes salir de casa a esta hora del calor. «Es que Luis está encabronado. Lleva todo el día hablando de las operaciones de cabeza. Que si este lobanillo me lo quitaba él. Que hay varias formas de cortarlo. Que se afeita media cabeza. Se echa después mercromina hasta que chorree. Se corta y se van quitando las capas de grasa con un aspirador, poco a poco, con anestesia local. Después es cuestión de coser y esperar. Ya crecerá el pelo. Ni me hace daño ni me deja tonto. Me da mucho miedo. La sangre me da fatiga. ¿Qué más da? Un chichón más que menos». Luis tiene la manía de su época de médico en el hospital clínico.

Pero bueno -le dije- te queda Andrés para relajarte. «El mierda de Andrés -contesta. Todo el día de arquitecto y constructor. En San José quería tirar la cocina para modernizarla. Tiro esto, quito esto, meto esto, añado lo otro. ¡Qué mareo! Ahora está igual o peor que cuando San José. Si es que ha sido un error vivir en pisos». Se me viene a la memoria el año de 1983 del psiquiátrico Los Prados de Jaén en la carretera de Madrid, los que se tiraban a los coches, la decisión de locos a la calle con González Duro, la osadía de algunos en hacerse pajas en la puerta principal del Princesa Sofía, el pavor de las enfermeras del hospital.

Los tres, Juan, Luis y Andrés comen, visten y duermen en un piso; incluso les dan algo de dinero para gastillos: un cigarrito. Una goma. Un cartón de vino. Ver pasar gente por la calle Elvira. Le pregunto a Juan por las niñas. «Quiá. Ni te miran. Me ven el lobanillo. Echan un vistazo a nuestra tristeza. Sesenta años y chepa. Cuando trabajaba en seguros ‘Occidente’ era otra cosa. Tuve varias novias. Iba al cine Cervantes. A la bolera. Pero me dio aquello y me hundió. Mi cabeza dejó de hilar. Primero fue el 13 de la carretera de Badajoz. Después san José en Málaga. Después esta casa particular en la calle Imprenta. Estamos todo el día en la calle, dando vueltas por Plaza Nueva. La gente nos ve a los tres y no entablan conversación. Luis, largo y enclenque, va disertando con una litrona en la mano. Andrés, al lado, bajito y calvo, tira de la colilla de un ducados. Yo, voy detrás, agachado, con los brazos atrás y la boca abierta. Así todo el día,

de aquí para allá, de allá para acá. A veces nos sentamos a la sombra en los bancos de piedra, insensibles. Se acerca alguno para ofrecernos mercancía para vender a medias. Luis es intransigente. Dice que todavía tiene categoría. Que a esas no se presta, ni sus compañeros tampoco».

¿Lo ves?, un tío sensato le replico. «Un tío que es un facha. Con lo bien que nos vendrían ahora unas gomillas, unas porrillas, un cigarrito. Sueño que estoy en el Cervantes toqueteando las cachas de una niña. Carne tierna, carne fresca. Tiros en la pantalla. Golpes en el corazón. Los dedos sobre la arena rubia. El mar».

De pronto aparecen Luis y Andrés. Se juntan, remolonean. Van los tres por la calle Almirantes, camino de ninguna parte. Luis, el alto y espigado, litrona en mano, conversando con el aire; a su lado, Andrés, que tropieza con un hito brotado en la calle, con quien entabla una conversación de accesibilidad imposible; Juan, el del lobanillo, detrás, achepado, manos en el culo, respirar entrecortado, boca abierta, asintiendo a los jefes. Los tres chiflados de las películas, pero no violentos, pacíficos, mirada perdida, caminar hacia ninguna parte, nada de risas, nada de sobresaltos, paz en el alma y abismo en el corazón.